

DE LIMAR NARCISOS (Extracto)

CONTENIDOS:

UN AMIGO	2
MANCO	4
PARA SAMANTA	10
CONVICCIONES	12
CAMINANTE	14

UN AMIGO

Le gusta merendar a la hora del almuerzo. A mí, me gusta verle merendar cuando a las doce del día la cuadra está vacía. No sé qué lleva en su lonchera, o si disfruta de la merienda, o si la hernia, el lumbago y el cáncer indagnosticado son para él un castigo. Pero le gusta merendar cuando el resto almuerza, y le agradezco, cuando la cuadra se vacía.

Le agradezco porque, ¿cómo no agradecer su entrega a esos pedazos de *cartón* amarrados y embotados de cinta que coloca al rescate de las ventanillas, los asientos de cuerina, los retrovisores?, ¿cómo no agradecer a un hombre que nunca ha escogido lo que merienda y aún es considerado? Para mí, quien destrona al retrovisor y otorga heroico al caluroso su humeante cartón, para él, nadie o (quizá) quien cubre retrovisores y ventanillas y parabrisas y quien ya está cano y veterano y chamuscado y para nada acartonado.

Le gusta merendar a la hora del almuerzo, cuando la cuadra baldía cede su receso y las limosnas y los billetes, los cheques y apretones, han limpiado sus manos. Cuando ya la acidez y el callo han borrado la huella dactilar; y come tranquilo. Come tranquilo, mientras me carcome el remordimiento del billete y la limosna y el apretón y la invitación. Y sigo sin invitarlo, desde mi balcón, inalcanzable y *caritativo*, le agradezco y no le invito. Y sé que si le doy riquezas, se limitará a guardarlas en un bolsillo, se comprará una lavadora y dejará que aquella se trague el donativo. Y sé que la riqueza no habrá abandonado jamás su bolsillo. Por eso, le agradezco. Me saluda

alzándose, alzando consigo al mundo. Me saluda cercano, con aire seco, interminable y fresco. Por eso, le agradezco.

Le gusta merendar, a la hora de cerrar.

MANCO

Es raro que los colores del mundo real parezcan reales de verdad solo cuando se los ve en la pantalla.

ANTHONY BURGESS, *La naranja mecánica*

Deshidratado, no articula iniciativa por levantarse de la cama pese a que lleva tres horas despierto y el sol se asoma menguante por la puerta. Tiene las fosas nasales tapadas, reseca, la piel porosa y su parpado izquierdo no va a terminar de abrirse en medio del remojo. Recae en advertencias, pues cuando no está aplacando el placer a pulso o noqueando el creer a golpes, se acurruca en las sabanas, se acomoda y reacomoda mientras la saliva se le escurre a la comisura de los labios, flexionando la nuca como un caucho. El teléfono, con la misma lumbre a primera hora que al medio día, reposa y carcome su sueño a ínfimas pulgadas del cráneo con abanicos de alarmas activas, desactivas.

Se repite en voz baja y afónica que sigue dormido; espía la cuadrícula de píxeles por detrás de su visera de pestañas e inicia una cantidad interminable de american balads. No se sabe ninguna —excepto cuando tantea «I love you»— pero le traen filmes de película granulada, bailes excitantes, montajes vertiginosos y cascadas de lágrimas, en escena y fuera de esta. Reunido, ello compone su vida, que vive y sobrevive: es Mr. Lonely, sentado a un banco de la discoteca; lleva ojos de tigre sentado en la computadora, encoge las mangas de su chaqueta y estira su cabello engominado y necio, sentado en el aula de detención. Solo que no hay nadie

acompañándolo. No hay chiquillos ciegos de alcohol feneciendo en las literas, no hay nadie tras los chats de voz insultándolo a fallo del juego y tampoco hay cerebritos, galanes y primores adolescentes con argollas en las narices y cuchillas en las muñecas, soportando los regaños de un regente con el último botón de la camisa exprimiéndole la garganta. No está, aunque solo fuese: sentado.

Forzando sus sueños, ahora lucidos pero despiertos, seco, intencionalmente irracional sobrecoge imágenes mentales con lo que escucha. Está inquieto, de vez en cuando interrumpe sus ensoñaciones con problemas furtivos, pelotas arrojadas una tras otra, de cuales solo atrapa un tercio: «Estas bocinas microscópicas, encajadas a fuerza en un reducto de revolución industrial, tocando un sedentario tango todo el día; acordes abusados hasta el hartazgo, seguramente los vejetes son más cariñosos con sus radios».

«Y otra vez yo y mi *ladrillo*, que vale un ojo de la cara y su peso en grano. Debe sumar alrededor de año y medio pero al uso parecen décadas; ya debería de haberse estallado, inundado de polvo u agua. Ya se tendrían que haber distorsionado los bajos, mi voz colándose por el ventilador debería oírse más clara, quizá lo haga. Esas rejillas de metal han de retorcerse hasta que no las atraviere un bigote, mucho menos un coro». Entonces oye voces charlando detrás de las paredes, no les presta atención y mientras adoptan un murmullo acostumbrado, la soñolienta tonada regresa para capturarlo y se paran, él y la música. La corriente cayó, la señal consigo y el ventilador ya no está tosiendo gripe.

Sentado, como anticipé, palpo la intuición equivocada de sentarme, pero aquella agrupación atmosférica de fenómenos embriagantes no se asemeja, como recogida en un festejo que únicamente se oye;

como apagada en el mural de la evasiva, creativo mural de 14 centímetros de largo y 6,5 de ancho.

No interesa. A mi hipocresía le sobran razones y motivos de agravio para estar aburrida con un celular en la mano, y digo la palabra *ce-lu-lar* (so-na-ja) evocando folletos vetustos, líderes de opinión virtual, archivos de Alejandría y el pozo séptico de una vecindad infecta. Invoco el cándido boceto de rayuela donde solíamos jugar y que hoy se condensa en terrosa saponita; la maquinita recreativa y ludópata donde compramos el deportivo del tendero y que ahora emula fielmente una calculadora de gama alta. Digo «celular» y la desconfianza presa a la unanimidad de pensionados embalsamados en democracias hace juego con el aplomo ridículo y desmerecidamente meloso de esta mi generación que agotó el abecedario. Todo ello es desalentador y alentador por igual, lo cual quiere decir que es absoluta ambigüedad. Un eje temático intocable por el grito de su absorbente decadencia conjunto a la vacuidad de lo que no se puede tomar en serio. Demasiado insignificante para sugerirle un altar, tan imponente que suple la función de garfio para penetrar en barbas que escuecen a los robustos, para perforar jetas de infantes urgentes de chupete —antes urgentes de teta—, para halar orzuelos insaciables, somnolientos. Eso es, como un padre que despotrica y una madre que se desquita con sus hurtos de hijos y hurtos de hermanas con cuatro de cada seis palabras que pronuncia, proclamo lo anterior y declaro lo siguiente.

Estoy manco de entretenimiento, harto de ingeniosas reflexiones, chistes aún más ingeniosos, burlas aún más crueles, aún más retorcidas, complicadas y simplonas. Registros de pasiones que no fueran a salir nunca de sus mausoleos. Burbujas que son coliseos

romanos y mesas redondas, campanillas que son intentos de venderme al producto de una sensual modelo intraducible, de un *remedio para la soledad*. Intentos de conversar por medio de cables enlazando dos copitas parlantes, por medio de algo menos real que cables conectando copitas sordas.

Manco entretenido sostengo el teléfono, que es más inteligente que yo, condenadamente más astuto, y lo sostengo con la derecha y *yo*, que soy ambidiestro, me tengo que inclinar a la idea de volverme zurdo para consentir rotar quijada con el fin de hacer algo quijotesco, y no tengo que hacer nada porque bastante estoy ocupado y no exactamente en respirar. Estoy esperando. Esperando a la unión de astros en un chiste hilarante, desglosado regocijo.

Llevo sin reírme a carcajadas frente a sketches, shows y pantomimas LED desde los once, y los canales de ciencia me tienen que convencer que es por falta de hormonas, y los canales de embusteros se atribuyen la noble molestia de revelarme que si no hay placer, es que no existe, y que donde voy estoy; son Buda, Gates, Jobs y Bezos, son Cristo. El legado mesiánico en un artículo deslizante, en una fórmula de ademanes explosivos, no como algo reductivo sino como algo patente, estático, determinado categóricamente a persuadirme en función de posibilidad. Y los *filósofos* con estanterías llenas de libros, atiborradas de filosofía, sin espacio para ajustar las pilas que sostienen la cámara frente al objetivo, enumerando los tipos de falacias, largando cátedra de los grandes: Heráclito, Tácito, Panóptico, Erótico. Y me tengo que identificar con todos ellos, y he de hacerlo porque lo hago. Me diviso en todas esas muecas como ese poeta enaltecido en sus heterónimos que hartado de poner los puntos sobre las íes mira de soslayo desde la ventana al dueño de la

tabaquería de enfrente, al cliente que sale de la tabaquería y a la tabaquería misma y a la tierra en el Aleph y al Aleph en la tierra. La diferencia radica en que su ventana se produce y la mía se reproduce.

Problemas de tercer mundo. Un vídeo acerca de asesinos en serie, reactores activos en pueblos fantasma, la guerra fría, que la cola lleva coca, ositos de goma y una inexpresiva mujer asiática que sube por el elevador y jamás vuelve a bajar. Aprendí desde temprano sabiendo, cuando encaramaba el portátil a mis muslos acercándome a su taladrar pasivo, la lengua de bocas silenciosas. Y apenas asimilo el hecho de que no se puede hablar. Cuanto menos rescaté un par de notas, expresiones extranjeras en forma de habla, leyenda y postal, y quiero darles rienda suelta salvo que proliferen en estupidez cultivo de ignorancia.

La ignorancia se cultiva de cara a un panel policromático o al estímulo de un fósforo soberbio o atrás, completamente a oscuras arrinconado en colchones ortopédicos como camillas hospitalarias, o al resguardo del parabrisas de un camión o al otro lado del parabrisas enjabonando la escobilla. Viendo manchas verdes que deslumbran o interferencia estática en panorámicas de cumbre. Así que me deshago de mi ración nocturna de bilis, encarnizado, como el cara larga de fauces flemáticas que me designo; pongo una peli de músculo, mercenarios, pandilleros, *abogansters* y agentes de bienestar social, y todos atrincherados hasta que aparece el protagonista con dentadura impecable, raspones y tajos (colorete y eyeliner) y la barriga chocolatera, marcada y llamativa para ganarse el aprecio de una bala apoteósica y un beso trágico, claro que sí, trágico, porque no me cabe negar que hay algo trágico en todo eso, en mis tentaciones dantescammente acogedoras, en la consideración de que pueda haber

tentaciones ahí donde la tentación ya reluce en mi sadismo. En la intención de que pueda haber catarsis ahí donde me canso. Todo son noticias, siempre hay un noticiero oculto en el interior de aquello, en el interior de esto, perverso, informando de actualidad, de farándula, deporte, dramas internacionales, cachorritos rescatados, cachorritos rescatando a hombres que lloran de verdad —y lloran de verdad—. Simplemente informando. Aplacando cualquier factor incipiente de manualidad, atacando furtivamente. No tragas saliva, no te arde la nariz, no se doblan los intestinos, *no parpadeas*, no te enredas el cabello, no mides distancias; distancias del tobillo al paladar.

A veces escucho una sinfonía holgándome la piel, cuando oh gran astro acaparador amenazas esconderte y entiendo que hay un amanecer en algún sitio. Cuando no hay relojes, ni monumentos solares, ni calendarios lunares, ni paletas de colores; solo plata y zafiro y rosado y magenta y púrpura y dorado. A veces me digo a mi mismo que puedo mirar el cielo aunque me falten alas y de pronto contemplo con nostalgia el muñón de un poder fantasma en mi muñeca; rasgos de costura en humanidad de punta a punta, y las manos fuera de los *bolsillos*, mientras utilidad tenga la futilidad del pantalón, a los bolsillos se llevan.

A ti, que me descargué para impacientarte.

PARA SAMANTA

We'll meet again, don't know where, don't know when...

VERA LYNN, *We'll meet again*

Trastornado, este personaje al que me refiero aparece entre una marabunta de conductores desesperados y monjes ciclistas de brazos cruzados. Ese desgarrado fulano, saco de mugre que se hace llamar efecto, va sorteando piscinas urbanas de sumideros obstruidos, desafiando analfabeta al toque de queda; con las solapas rectas, insignias al porte en su sólida pechera, mandíbula tajante, cuernos de toro, molares perlados, calcio demagógico y boletines chismosos. El chico, con una camisilla de tirantes que le soba las rodillas da a parar junto a un tronco recién bautizado asiento, encalla en el mantillo sus sandalias resfriadas, examina la maleza, los brotes huerfanitos de césped y resopla retraído, acogiendo el ascua fresca del horno pulmonar.

Dispuestos los elementos a mofarse del taciturno; el entorno se congestiona de bruma, amenazándole con disimularlo bajo tapetes de indigencia. Emprende marcha, lejos de la arboleda a ruina fechada y desenvuelto nuevamente en una arcadia de hormigón, se desliza toqueteando barandillas huecas. Sin ánimo de lucro desempeña una elegante coreografía; va salteando mangos estrellados, sobras de esotérica negrura, refrescos, ponchos no degustados, grietas de futuras hecatombes cívicas, y en resumidas cuentas, innumerables, polifacéticas cáscaras de plátano.

Ha estado ya atónito, autista sobre sendas de cemento en su pasado y *pretérito*. Rindió recorridos inanes –resueltamente uno– tantas veces llenos de significado. Semanas pasadas –semanas que superpuestas, no llegan a suceder–, meses pasados y un puntual y elongado inmemorial. A lo cual permanece incapaz de encontrar al diablo en los detalles. Así que se mira azulado en plantas ampolladas, uñas excavadas y pulgares tallados. Y al reflejo de esta indiferencia sus demacrados pies se acostumbran al ambiente y un mensaje marcado en cubierta rugosa toma lugar hasta fronterizo otoño, trazado en laca blanca y virulenta: «PARA SAMANTA».

CONVICCIONES

Trapos, censura
corriendo sudor
de tenso blanquecino
del párpado al tabique
al otro párpado
al canasto
con sus porquerías.

Ventanas
finas, ausentes,
gruesas, inclementes
manchadas de diluviana
resequedad
y evangelios
y podredumbre,
maquillaje corrido
y estandartes
desheredados.

Llavero clavado

al candado

atorado

obertura exiliada

al niño insomne.

Pequeños conquistadores

en fábulas carceleras

grandiosas lagartijas

cartografiando el laberinto

llenando sus hocicos

de pan.

CAMINANTE

Caminante, son tus pasos

llave y espuma de mar.

Vuelto el alba

vuelve el duelo

y has de volver a empezar.

Y una vez oíste el canto

que volverás a cantar.

Una vez reíste el llanto

que vuelves hoy a llorar.

Y una vez subiste a cuestras

que no has sabido bajar,

y otra vez te guardé manto,

¿sabes aún *suspirar*?

Caminante, deja paso

a lengua espuma, oro caudal.

Caminante, ábrete paso
has de volver a la mar.